

continuamente contra la Santa Sede, no permitieron á los misioneros explicar su pensamiento: habia hablado la Silla apostólica, y parecia condenarlos. Esto bastaba para que el jansenista rebelde no encontrase suficientes maldiciones para infamar su desobediencia condicional; bastaba para que se levantase contra ellos todo su odio, y para que después de haberlos pintado como impíos é idólatras¹ añadiesen: «Y efectivamente, ¿con qué furor no ha perseguido la Sociedad en las Indias orientales á Mr. Pallu, obispo de Heliópolis; á Mr. Lambert, obispo de Beryto; á Mr. Dudier, obispo de Auran; á Mr. de Bourges, de Ascala; á Mr. Maigrot, de Conon; á Mr. Lyonne, de Rosalía; á Mr. de Cicé, de Sábula; al Jesuita Videlou, obispo de Claudiópolis; al Jesuita Fouquet, de Eleutherolópolis; y á Mr. de La Baume, de Halicarnaso, así como á tantos otros obispos y prelados que, sin hallarse investidos del carácter episcopal, fueron enviados á las Indias por la Santa Sede, para gobernar sus iglesias? Los legados del Papa no han sido tampoco mejor tratados, y todo el mundo sabe á qué excesos se han lanzado los Jesuitas contra Mezza-barba y el cardenal de Tournon, especialmente con respecto á este último santo Prelado, de quien propiamente han sido los asesinos.» No solamente no se encuentra una prueba directa ó indirecta en corroboracion de este aserto, sino que ni aun existe vestigio alguno, por donde podamos venir en conocimiento de un solo consejo dado á Kang-Hi, ó de haber alentado una sola vez las venganzas portuguesas: neutrales los Jesuitas en esta ocasion, su misma neutralidad, que podria ser un hábil cálculo á la faz de la política humana, ha pasado á ser una falta á los ojos de la historia y de la Religion. Colocado el Cardenal legado como adversario de sus opiniones, hubieran debido respetar su rango y sus virtudes, empleando su crédito para proteger su libertad; pero no osaron constituirse en mediadores entre él y el Monarca, y esta indiferencia tuvo para ellos funestos resultados que después vino á enconar la calumnia. Exasperado Kang-Hi con la embajada del Cardenal, al par que con sus discursos y proyectos, no templó su irritacion ni aun á vista de un ataúd. Acababa de morir Gerbillon, superior de las misiones de la China é íntimo amigo suyo, en medio de los disturbios causados por la pastoral; pero resen-

¹ *Historia general del nacimiento de la Compañía de Jesús*, por el jansenista Coudrette, tomo II, pág. 285.

tido de ver que habia usado toda la deferencia y consideraciones posibles con el Legado apostólico, no quiso tributar á su cadáver ningun homenaje público. «Toda la mision en general, dice el P. Coulteux, escribiendo al Jesuita Esteban Souciet y dándole parte de la muerte de Gerbillon, toda la mision en general, y nosotros los Jesuitas en particular, hemos sufrido una pérdida irreparable: el Emperador no se ha dignado honrar su memoria con ninguna prueba de aprecio, contra lo que acostumbra hacer con respecto á los europeos. Á nadie se le oculta, así de los naturales como de los extranjeros, que este acto de rigor no ha sido sino porque este Padre se mostró demasiado adicto á monseñor el Patriarca, y dispuesto siempre á excusarle cerca del Príncipe y de los magnates.» Y pasando en seguida á referir como el Emperador acababa de otorgar su confianza al P. Domingo Parrenin, nacido en Rusey, cerca de Pontarlier, que no habia tomado parte alguna en estas escisiones, añade Coulteux: «Parece ser que desde la muerte de los PP. Gerbillon y Pereira, guarda el Emperador muchas consideraciones con el P. Parrenin, de la provincia de Lyon, pues no solo le tiene siempre á su lado, sino que se hace acompañar de él en todos sus viajes, ora á causa de su talento y disposicion para expresarse en ambas lenguas, tártara y china, como por el carácter de espíritu que en él ha experimentado. El año anterior encargó á los Padres Bouvet, Regis y Jartoux, todos tres franceses, trazar el mapa de la Tartaria, y quedó muy satisfecho de sus trabajos.»

Las disensiones suscitadas á consecuencia de los ritos malabares y las ceremonias chinas, venian á ser para los literatos europeos una cuestion del mas alto interés. Los discípulos de Janseño hacianse de ellas un arma contra los Jesuitas, mientras que los Protestantes miraban con distintos ojos esta querrela doctrinal y científica á la vez. «Entre los opúsculos que me habeis enviado, escribia Leibnitz á la sazón¹, hay dos que me causan un placer singular, el Suplemento á las *Memorias para Roma*, y la *Historia apologetica de la conducta de los Jesuitas en la China*. En la pág. 6.^a de esta historia he hallado una cosa digna de observacion, á saber: que los Mahometanos, á quienes siempre hemos conocido como enemigos irreconciliables de la idolatría, no se muestran contrarios á las ceremonias chinas, y que cierto em-

¹ *Leibnitzii Opera*, tomo VI, pág. 61. (Ginebra, 1768).

«perador de esta nacion prohibió, por un decreto fechado en 1384, «tributar á Confucio los honores divinos. No ha sido menor mi «júbilo al leer que el arzobispo de Manila y el obispo de Zebú, «que habian escrito al Papa contra los Jesuitas en tiempo de Ur- «bano VIII, si no me engaño, cuando mas adelante estuvieron «mejor informados de las cosas, escribieron de nuevo retirando «sus quejas.

«Aun son mayores las luces que nos suministra el Suplemento. «El relato de la conducta observada en Pekin por el Cardenal, «hecho por un hombre de contraria opinion, y que nada tiene se- «guramente de Jesuita, presenta cierta dosis de verosimilitud. Yo «creo que el obispo de Conon no puede negar que el Cardenal ha «obrado con bastante circunspeccion y respeto en sus relaciones «con el Emperador de la China; mirando además ambos decretos «imperiales como obra de un gran peso, y no viendo la razon por «que se deba recusar el testimonio de este Príncipe, así como el «de los primeros personajes de la nacion, cuando solo se trata «del valor de las palabras. Porque, admitiendo que hasta enton- «ces se las hubiese dado en general otro sentido, siempre vendré- «mos á parar en que una vez explicado por el Emperador el sig- «nificado de las ceremonias, ya no ha lugar á otra diferente in- «terpretacion.»

Los Jesuitas residentes en la China pensaban como el filósofo alemán; habian concebido un plan arriesgado que solo la unidad de accion podia llevar á cabo; y ensayando una reforma insensible y gradual en las costumbres de estos pueblos, aspiraban á regenerarlos sin violencia, sin sacudimiento, y por la fuerza misma del principio cristiano. Atravesáronse varias rivalidades de apostolado, varias influencias contradictorias; introdujose la division entre los misioneros; produjo esta funestos resultados en el Celeste imperio, al paso que en Europa hizo acusar á la Iglesia universal de haberse comprometido en una senda supersticiosa; y la Iglesia, á quien no era dado vacilar entre estos dos escollos, expone á las cristiandades chinas á una ruina mas ó menos próxima, antes que aceptar el doble escándalo emanado de estas que- rellas; y sacrificando lo incierto á lo real, condenó por boca de Clemente XI algunas de las ceremonias miradas por los Jesuitas como indiferentes. En Roma no se juzgaba de las cosas bajo el mismo punto de vista que en Pekin. Reunidos el General de la

Sociedad y los Padres de todas las provincias en el mes de noviembre de 1711, pasaron al Vaticano, donde después de protestar á los piés del Pontífice su inalterable fidelidad á la Santa Sede, terminó Miguel Ángel Tamburini la declaracion que hacia la Orden de Jesús, con las siguientes palabras: «Si á pesar de todo «se hallase alguno entre nosotros en cualquiera punto del globo, «que, lo que Dios no permita, tuviese otros sentimientos, ó usase «de otro lenguaje, porque la humana prudencia no es capaz de «prevenir, ni menos estorbar semejantes eventos entre una mul- «titud tan grande de súbditos, el General declara, protesta y ase- «gura en nombre de la Compañía, que le reprueba desde ahora «y le repudia; que es digno de castigo, y no puede ser reconoci- «do por verdadero y legítimo hijo de la Sociedad de Jesús.»

Estas expresiones no podian ser mas explicitas. Los misioneros hubieran debido adoptarlas como regla de conducta; pero trata- ron de eludir con sutilezas la decision pontificia. Aunque adictos á la cátedra de san Pedro de lo íntimo de sus entrañas, se creyeron autorizados, una vez que aquella solo condenaba algunas prácticas, á no rechazar las otras; dejándose ver por su resistencia cuánto les costaba renunciar á estas cristiandades que habian fecundizado con sus sudores. Así pues, su desobediencia era en la forma mas bien que en el fondo. Siendo para ellos esta una condicion de vida ó de muerte, no osaban abandonar á las tinieblas de la idolatría á unos pueblos á quienes esperaban conducir á la unidad católica; y como el Papa por otro lado no pronunciaba su fallo contra todas las ceremonias, trataron de asirse á esta última tabla de salvacion. Persuadidos de que sus escritos, su adhesion y sus lágrimas convencerian ó ablandarian á la Santa Sede, que parecia franquearles un medio de apelacion, se precipitaron en él sin reparar. Este combate entre la obediencia y el cumplimiento de un deber imperioso es sin duda muy digno de considera- cion; pero, al esforzarse los Jesuitas por hacer triunfar sus ideas, olvidaron demasiado que hubiera sido mas glorioso dar al mundo un ejemplo de sumision ciega, que discutir así su abnegacion. Encontrábanse frente á frente con una autoridad á quien asiste un derecho para hacer doblegar todas las inteligencias, y que traza á las voluntades humanas ciertos límites que jamás deben traspasar; y con sus objeciones y reparos la disputaban el terreno palmo á palmo.

Entre tanto el Emperador, que, como príncipe hábil, no queria ver eternizarse estas discusiones, habia intimado á los misioneros la órden de no enseñar nada que fuese contrario á las costumbres chinas; órden que fue obedecida sin dilacion por algunos de ellos, mientras que rehusando otros someterse, tomaron el partido de ocultarse, sin abandonar por eso la obra del apostolado. Kang-Hi poseia instintos católicos, y aun á veces cotejaba á sus solas la ciencia y virtudes de los misioneros con los vicios é ignorancia de los bonzos; pero no queriendo sacrificar al cristianismo la paz de su reino se contentaba con cerrar los ojos y vivir en la intimidad de los Jesuitas. Estos últimos vislumbraban tambien á su vez una próxima calamidad, que se esforzaban en conjurar, cuando la muerte del cardenal de Tournon, agregada á las moratorias que ellos ponian en práctica, inclinó al Pontífice á dar un golpe decisivo. El 19 de marzo de 1715 expidió la bula *Ex illa die*, que allanaba todas las dificultades, precavia todos los subterfugios, é imponiendo á los misioneros un juramento solemne, los obligaba á romper con las ceremonias chinas. Bien sabian los Jesuitas que adhiriéndose á la fórmula prescrita por Clemente XI firmaban la ruina de la nueva iglesia; pero heróicos en la obediencia, después de haber agotado todos los paliativos, no retrocedieron ante tamaño sacrificio. Deseandó la Santa Sede enterarse á fondo de la posicion de las cosas, otorga á Ambrosio de Mezzabarba el nombramiento de legado suyo cerca del Celeste Imperio; pero sin duda que este título y esta mision no debian agradar mucho á Kang-Hi, cuando nadie se atrevió á hablar á favor del Prelado, y facilitarle el acceso á la capital. Decidido el P. Laurenti, visitador de la China, á arrostrar por sí solo la cólera imperial, obtiene á fuerza de maña que los mandarines de Canton dejen libre el paso á Mezzabarba; recomiéndale en seguida al P. José Pereira, y el Nuncio arriba á Pekin. Sabida esta noticia por el Emperador, manda encarcelar á Laurenti y á los mandarines á quienes ha seducido; y no pudiendo excusarse de otorgar al legado la audiencia que solicitaba, fue presentado este por el Jesuita José Pereira. Hé aquí cómo se expresa Laurenti escribiendo al Pontífice con fecha 30 de marzo de 1721; y este documento es de un alto interés en esta cuestion: «Atrévome á parecer por segunda vez postrado á los piés de Vuestra Santidad con el objeto de darle cuenta del cumplimiento de mis deberes y del estado actual de las misio-

nes en este país; cuenta de que Vuestra Santidad está quizás enterado por el P. Gianpriamo, enviado por el Emperador cerca de Vuestra Santidad por la via de Rusia.

«Después de infinitas instancias de mi parte, permitieron los mandarines á monseñor el Legado apostólico la salida de Canton y su marcha á Pekin sin aguardar la licencia del Emperador, y no interrogándole sino de un modo bastante superficial acerca del objeto de su viaje. Solo á un efecto de la divina Providencia podemos atribuir el que las cosas hayan pasado de esta manera; porque, si los interrogatorios y contestaciones que han tenido lugar en la capital hubiesen sido entabladas en Canton, todos convienen en que monseñor el Legado jamás hubiera conseguido entrar en Pekin, y que los misioneros hubieran recibido órden de retirarse.

«Habiendo sido detenido vuestro Legado cerca de Pekin, no perdonó medio alguno para obtener el permiso de poner en ejecución los mandatos apostólicos. Suplicó con las mayores instancias, se lamentó infinito, fuele preciso sufrir mucho, y sin embargo, nada pudo conseguir ni aun con su presencia. Sus súplicas fueron miradas como un crimen, sus lágrimas como una injuria y un desprecio á las leyes y al Emperador; y si hubiese perseverado un solo dia más en hacer la misma peticion, ese dia hubiera sido el último para la mision. En esto suplicaron nuestros Padres de Pekin al abate de Riga que tuviese á bien unirse á ellos para pasar á la morada del Emperador, y rogarle de comun acuerdo que se dignase otorgar su permiso para que fuese ejecutada la órden de Vuestra Santidad; pero el Abate contestó, como lo hubiera hecho todo hombre que hubiese conocido el carácter de la corte, que á mas de que este seria un paso imprudente, y no convenia en manera alguna, solo le creia idóneo para irritar cada vez mas al Soberano: esto sin contar que S. M. habia prohibido absolutamente á los nuestros el inmischirse en este negocio, pretendiendo que solo él y Vuestra Santidad debian llevarle á cabo.

«Viendo, por último, vuestro Legado el deplorable estado de las cosas, á las que amenazaba una ruina total y muy próxima, tomó el prudentísimo partido de exponer ante el Emperador los artículos que Vuestra Santidad se dignaba tolerar, asegurando que lo mas que podia hacer por su parte era regresar cerca de Vues-

«tra Santidad para darle cuenta de lo que S. M. quisiese decirle
«con respecto al verdadero sentido de los ritos, y de lo que él mis-
«mo habia visto acerca de la firme resolucion en que se hallaba
«S. M. de sostenerlos tales como estaban, prometiendo volver en
«seguida á la China con las últimas contestaciones de Vuestra
«Santidad.

«Este medio, tan oportunamente empleado por monseñor de
«Mezzabarba, hizo cambiar de repente la faz de los negocios, tri-
«butándosele entonces así como á Vuestra Santidad tantos hono-
«res, que se asombró la corte y todo el imperio. La modestia no
«me permite hablar de las gestiones que practicaron los Jesuitas
«para llegar á este término satisfactorio.

«Ya se ha convencido vuestro Legado, como tambien los mi-
«sioneros que le acompañaban, de que no era verdad, como ellos
«lo habian creído, que el Emperador no se interesaba en favor de
«los ritos del país. Ellos mismos le han oido expresarse sobre esta
«materia de un modo tan claro y terminante, y con un tono y en
«unos términos tan enérgicos y absolutos, que parecia estar po-
«seído de una especie de convulsion frenética que agitaba todo su
«cuerpo, lo que hacia un singular contraste con el aire de mode-
«racion y gravedad que es habitual á este Príncipe. Han conocido
«tambien que es falso que los Cristianos puedan vivir en este país
«sin acomodarse á sus ritos; y saben que este obstáculo lo neutra-
«liza todo. En la actualidad existen nueve individuos de la fami-
«lia real, y muchos centenares de personas que desean ardiente-
«mente recibir el Bautismo, sin contar otro número de ellas mu-
«cho mayor que se llegarían de buena gana al tribunal de la pe-
«nitencia y á la sagrada Eucaristía; pero ni los unos ni los otros
«se atreven á hacerlo, porque les es imposible, dicen, poner en
«práctica el decreto de Vuestra Santidad; mucho mas cuando se
«hallan persuadidos de que todos los Padres de la Sociedad nada
«pueden en este negocio; porque el imperio puede muy bien pa-
«sarse sin ellos, pero no sin sus leyes fundamentales. Todos uná-
«nimemente convienen en que es lo mas absurdo creer que el Em-
«perador sea un ateo, como han osado asegurarlo por la mas
«impudente de las calumnias, puesto que ellos mismos le han
«oido hablar espontáneamente de la inmortalidad del alma, de la
«existencia de los Ángeles, y de la esencia y unidad del verdade-
«ro Dios, á quien adora con el mas profundo respeto, y de cuya

«mano dice haber recibido el cetro. Todo el mundo conoce sus
«piadosas disposiciones con respecto al *Lignum Crucis* que ha pe-
«dido al Legado, y á nadie se le oculta, que deseando tributar á
«este precioso tesoro la veneracion que se le debe, ansia de todo
«corazon enterarse del culto preciso con que se debe honrar á este
«instrumento de nuestra salvacion.

«Séame permitido entre tanto elevar aquí, aunque con toda la
«moderacion posible, algunas quejas contra este excelente Pre-
«lado. ¿En qué han venido á parar todos los conocimientos que
«habia adquirido, una vez que ha rehusado aplicar á los males
«que le eran conocidos el remedio soberano que necesitaban?
«Prometió ir á Roma, y referir en ella fielmente cuanto habia
«visto y oido; y sin embargo, permanece en esta, aun cuando
«le consta que las dilaciones empeoran los negocios; que las ór-
«denes del Emperador, prohibiendo ejercer las funciones apos-
«tólicas, son cada dia mas perentorias; que las oposiciones de
«parte de los mandarines son siempre las mismas; que el odio de
«los gentiles contra los misioneros se robustece mas de cada vez;
«que cada dia se multiplican las dificultades de parte de los Cris-
«tianos; que muchos de estos retroceden á sus errores; que de
«dia en dia son menos los prosélitos que se hacen; y, en una pa-
«labra, que puede muy bien decirse que la mision se halla con
«un pié en la sepultura, y abandonada en brazos de la muerte.
«Monseñor el Legado se halla perplejo; dice que tiene las manos
«atadas, y asegura que pondría á la mision en estado de llenar
«sus funciones si creyese poder hacerlo. Únicamente de Vuestra
«Santidad es de quien debemos esperar nuestra salvacion; porque
«seria inútil esperarla de cualquier otro que de aquel que ocupa
«el puesto del Salvador del mundo.

«Rogando cierto dia vuestro Legado al Emperador que se com-
«padeciese de los misioneros. — ¿Y por qué razon, le contestó,
«no compadeceis vos á mis súbditos chinos? Esta contestacion
«dada tan á tiempo por S. M. hizo derramar abundantes lágri-
«mas á muchos sugetos; pero si estas lágrimas fueron estériles y
«sin fruto, las que derrame Vuestra Santidad, que serán la expre-
«sion de la ternura y compasion con que nos mira, producirán
«un efecto mas saludable. Semejantes á las que derramó Jesu-
«cristo en la resurreccion de Lázaro, darán un resultado de sal-
«vacion y de vida.»